

Corazón de guerra - Sarah Pine

BLIZZARD ENTERTAINMENT

# Corazón de guerra

---

Sarah Pine

*Me decepcionas, Garrosh.*

Hiciera lo que hiciera, el recuerdo de aquellas palabras no se apagaba. No importaba cuántas veces escuchara los orgullosos vítores de "¡Bienvenido, Señor supremo!" mientras atravesaba El Martillo de Agmar, ni cuánto tiempo permaneció en las ruinas ante la Puerta de Cólera observando las llamas encantadas que todavía ardían allí. Incluso el choque de sus filos contra las bestias o los miembros de la Plaga que se atrevían a enfrentarse a él solo le proporcionaba un alivio temporal. Todas las cálidas salpicaduras de sangre contra su cara no eran capaces de ahogar aquella voz. En el momento en que regresaba al camino escuchaba esas palabras en su mente cada vez que la pata de su gran lobo se posaba sobre la nieve.

Quizá fuera la continua presencia del Jefe de Guerra en su flanco lo que hacía que las palabras permanecieran. Thrall había decidido acompañar a Garrosh de vuelta al Bastión Grito de Guerra desde Dalaran. Había dicho que quería ver sus territorios en Rasganorte. Garrosh se sentía como si llevara un carabina, pero también era una oportunidad. Las incursiones de la Horda en Rasganorte no eran precisamente triviales. Seguro que Thrall se había dado cuenta. Seguramente apreciaría todo lo que se había conseguido en ese frente.

Garrosh escupió a la espalda de su lobo, Malak, y contra los juncos. El lago Kum'uya quedaba tras ellos, tranquilo como un espejo en el gris cielo de la mañana. Llegarían al Bastión Grito de Guerra a media tarde, o al anochecer si iban despacio. En privado tenía que admitir que estaba ansioso por ver la mirada en los ojos de Thrall cuando llegaran.

Por desgracia no podrían admirarlo debidamente mientras se acercaban. En un instante, Garrosh supo que los nerubianos habían vuelto a entrar en la Cantera de Piedra de Poderío. Hizo una mueca. Daba igual lo efectivo que fuera su bloqueo de Azjol-Nerub, los insectos siempre se las arreglaban para encontrar el modo de volver al oeste. Sus espeluznantes chillidos eran inconfundibles, llevados a todos los rincones por el gélido viento de la tundra.

"¡Adelante! ¡Atacad!" Ordenó Garrosh a los jinetes Kor'kron que les acompañaban, olvidando que, en realidad, él no era el comandante del grupo. Había espoleado a Malak al galope y los había dejado atrás antes de recordar que el decoro dictaba que defiriera en Thrall. Bueno, el decoro no ganaba batallas. La acción, sí.

Más sonidos de la pelea se hicieron audibles mientras se acercaba: gritos de los guardas de batalla, las pesadas explosiones de la artillería y el distintivo sonido de las armas de metal al astillarse contra la quitina nerubiana. Garrosh preparó sus hachas, su pulso acelerándose por la emoción. Cabalgó hacia el borde de la cantera, Malak no perdía el paso. Se deslizaron pared abajo, saltaron sobre las rocas y los andamiajes y, con un grito, Garrosh se lanzó al combate.

El nerubiano ante él no le vio venir. El primer golpe de Garrosh le hizo un profundo corte en el tórax y el segundo separó su parte delantera de su cuerpo. El guarda Grito de

Guerra que había estado luchando contra él levantó la vista con su hacha lista por encima de su hombro. Garrosh sonrió.

"¡Grito Infernal!" gritó el guerrero, a modo de saludo. Se dirigió a los que le rodeaban. "¡El señor supremo Grito Infernal ha regresado!"

Garrosh levantó su hacha como respuesta. "¡Derrotadlos!" gritó a sus soldados. "¡Recordad a estas alimañas lo que significa atacar a la Horda! ¡Lok-tar ogar!"

La arenga de Garrosh inyectó un fervor renovado en los defensores. Un enorme monstruo con aspecto de escarabajo dominaba el suelo de la cantera y Garrosh azuzó a su lobo para enfrentarse a él. Los lobos orcos estaban entrenados para la batalla al igual que sus jinetes y Malak propinó un profundo mordisco al tarso del nerubiano, desequilibrándolo mientras Garrosh saltaba sobre él. A pesar de lo ventajoso que podía llegar a ser el combate montado, siempre se sentía mejor con los pies sobre la tierra.

El nerubiano bufó y lanzó sus miembros delanteros contra su cuello. Garrosh paró el golpe y con un barrido de su hacha envió los extremos cortados a tierra. El insecto caminó hacia atrás y Garrosh prácticamente bailó tras él, moviendo sus hachas con gélida gracia. La sangre cantaba en sus venas, el fervor de la batalla ardía en su pecho. Nunca se le ocurriría pensar en la ironía de que cuando más vivo se sentía era cuando se enfrentaba a la muerte.

Garrosh golpeó el tórax del monstruo mientras Malak atacaba a sus piernas para evitar que pudiera conseguir estabilidad. Mientras preparaba el siguiente golpe, un brillante destello seguido de un afilado crujido y el olor de quitina cortada le desorientaron momentáneamente y anunciaron la entrada del Jefe de Guerra Thrall en la batalla. El nerubiano estaba derrotado y no tenía adonde ir. Garrosh sintió una oleada de certeza mientras levantaba el hacha y asestaba el golpe final, partiendo la cabeza del enorme insecto en dos.

Con eso, Garrosh sabía que había ganado la batalla. Todo lo que faltaba era que las tropas de Grito de Guerra se encargaran de las tropas de nerubianos que aún se ocultaban en la cantera. Al ver que los guardas tenían dificultades, Thrall levantó el Martillo Maldito, murmurando algo que Garrosh no pudo oír. A la orden del Jefe de Guerra, el viento repentinamente se convirtió en un aullante vendaval de furia y el aire crujió, levantando los pelillos de la parte trasera del cuello de Garrosh. Thrall invocó un rayo de luz cegadora contra el último grupo que quedaba, mientras los soldados se apartaban del camino. La explosión hizo que llovieran trocitos de caparazón sobre las rocas.

Garrosh llamó a Malak a su lado y pasó el brazo sobre su grupa, observando a las tropas agradao por su éxito. La lucha había sido rápida, pero satisfactoria. Por desgracia, la Horda había construido su fortaleza en lo alto de una zona muy concurrida del antiguo reino nerubiano, pero los ataques eran cada vez menos frecuentes y él confiaba en que en algún momento cesarían por completo. Sus soldados se volvían más eficientes con cada oportunidad de defensa y las tropas habían aguantado. Las tropas seguirían aguantando.

Caminó hacia la rampa en la parte delantera del Bastión Grito de Guerra, donde esperaba el supervisor Razgor cuya espada todavía goteaba icor.

"Ya era hora de que aparecieras", dijo secándose el sudor de la frente. Garrosh rio.

"No me perdería la oportunidad de matar algunos insectos tamaño familiar", contestó. Razgor sonrió.

"El Jefe de Guerra Thrall me ha acompañado desde Dalaran", continuó Garrosh, "para inspeccionar nuestras conquistas en Rasganorte." Mientras hablaba, Thrall ascendió por el camino detrás de Garrosh.

Los ojos de Razgor se abrieron y asintió. Se giró para enfrentarse a la multitud de soldados a su alrededor.

"¡Bienvenidos al retorno del señor supremo Grito Infernal!" Anunció. Los soldados jalearon y alzaron sus armas. "Y dad la bienvenida", continuó en voz más alta, "a nuestro Jefe de Guerra Thrall, hijo de Durotan!" Todos se giraron casi a la vez y saludaron también, todos los ojos humildemente puestos en Thrall. Razgor dio un paso hacia delante y saludó también.

"Nos honra tu presencia en el Bastión Grito de Guerra, Jefe de Guerra", dijo. Los ojos de Thrall recorrieron las altas paredes de piedra de la fortaleza, a través de las murallas de hierro, por el foso de la cantera en el que acababan de luchar y finalmente se paró en Garrosh, quien le devolvió la mirada.

"Me recuerda a Orgrimmar", dijo Thrall, "Impresionante."

"Lo es aún más en el interior", respondió Garrosh. "Te lo enseñaremos."

"Estoy seguro de que no me decepcionará", respondió Thrall. Garrosh apretó los dientes al oírlo.

\* \* \*

Orgrimmar. La primera vez que la había visto casi se quedó en el sitio. No hacía mucho que habían dejado atrás el Cañón del Ventajo, surgiendo entre sus altas murallas de arenisca bajo el implacable sol de Durotar. Ante ellos se extendía sin fin la roja explanada y el horizonte se perdía entre el resplandor del calor que distorsionaba la distancia. Aquello no se parecía en nada a las verdes montañas onduladas de Nagrand.

"¡Ahí! ¿La ves?" Thrall detuvo su montura y señaló hacia el horizonte al norte. Garrosh se colocó a su altura y entornó los ojos. Tras ellos su cortejo redujo la velocidad y comenzó a dar vueltas-

En la distancia vio una alta puerta, una muralla de columnas de madera afiladas, torres con tejados rojos... No, sus ojos le engañaban. Estaba sorprendido. Orgrimmar no podía ser tan grande. Miró y vio a Thrall observándole intensamente, la más tímida de las sonrisas en su rostro. Era evidente que esperaba ansioso la reacción de Garrosh. Garrosh sintió como ardían sus pómulos. Puede que Garadar no fuera especialmente espectacular, pero él era el cabecilla. Era el hijo de su padre.

"Impresionante", gruñó. "Si es tan grande como parece."

Thrall rio. "Solo espera", dijo sonriendo.

Las puertas no solo eran altas, eran enormes. Los guardas saludaron elaboradamente mientras pasaban, reconociendo al Jefe de Guerra. Garrosh concentró su mirada en el frente y enderezó sus hombros. De pronto sintió la garganta seca. Era el polvo, por supuesto.

Thrall había llenado su mente con imágenes de la ciudad durante las semanas de viaje. Garrosh había pensado que sabía razonablemente bien qué esperar. Estaba equivocado. Nada, ni todas las palabras del mundo podrían haberle preparado para lo que vio. Los edificios se alzaban ante él en dos o tres alturas y sus fachadas desaparecían en aireados callejones que recibían sombra de los árboles y las rocas que sobresalían. Si un asentamiento orco la mitad de grande había existido en Draenor, hacía mucho que había sido arrasado o abandonado. Pero Orgrimmar rezumaba vida. En la plaza había docenas y docenas de orcos. Más orcos de los que había visto en años, más de los que pensaba que aún vivían. Era una imagen para la que no podría haberse preparado.

Cuando Garrosh no era más que un niño, los clanes se habían consolidado para formar la Horda y habían pasado meses preparándose para lo que se conocería como la Primera Guerra. Años después, tras la Segunda Guerra, la Alianza había invadido a su vez la tierra natal de los orcos y Garrosh había ansiado unirse a las filas de Horda y luchar junto a su padre. Pero su oportunidad pasaba, y en cambio él se encontraba bajo cuarentena en Garadar por culpa de la viruela roja, apenas capaz de caminar, sufriendo por la fiebre de su enfermedad y la vergüenza de su debilidad. Su propio padre había ido a Azeroth sin mirar atrás, para no volver a ver Garadar ni a su hijo. Él, Garrosh Grito Infernal, heredero del clan Grito de Guerra, no había tenido fuerza para ayudar a su gente. La Horda lo había rechazado. Podría haber sido un *Mag'har, incorrupto*, pero también era indeseado.

Finalmente la Horda había caído. Los humanos habían destruido el Portal Oscuro, apresado a los orcos derrotados y las tremendas guerras habían terminado. Los Mag'har estaban completamente solos. Algunos de los orcos de la Horda se habían quedado, seguramente, pero habían evitado Garadar, cautelosos y despreciando a sus enfermos habitantes. La epidemia había seguido su curso, pero la superstición y la amargura eran difíciles de borrar. Los orcos se convirtieron en un pueblo menguante, fragmentados y luchando siempre al borde de la supervivencia. Con el tiempo se había vuelto evidente que la Horda había sufrido verdaderos estragos y sus enemigos habían continuado presionando hasta que la esperanza se había convertido en cenizas y la supervivencia parecía una locura imposible.

Aquí, ante él, la Horda no solo había sobrevivido: prosperaba. La plaza estaba abarrotada de orcos. Los mercaderes anunciaban sus objetos, atrayendo a sus clientes potenciales con descuentos. Los niños correteaban entre los puestos, simulando batallas de broma contra un enemigo invisible. Los brutos patrullaban las calles. Garrosh apenas podía creer la escena que veía ante él.

Junto a él, Thrall rio. Garrosh le miró.

“Es una vista agradable”, dijo Thrall

Garrosh asintió, pero no habló.

“Lo verás todo, Garrosh”, continuó Thrall. Sonrió ampliamente. ” ¡Bienvenido a Orgrimmar!”

\* \* \*

En el Bastión Grito de Guerra caminaron por las murallas, treparon a lo alto de las torres y pasearon por las forjas y por la curtiduría. Cuando regresaron a la Gran Sala, Thrall pasó lo que parecieron siglos examinando un enorme mapa táctico de Rasganorte extendido en el suelo. Laboriosamente grabado y bordado en trozos de cuero, detallaba todas las conquistas y frentes conocidos en Rasganorte, amigos y enemigos. Garrosh se fijó especialmente en la intensidad con la que Thrall miraba en el norte la península de Las Cumbres Tormentosas, donde se encontraba Ulduar. La mente de Garrosh se desplazó repentinamente de vuelta a su breve reunión con el Kirin Tor en Dalaran. *Defraudas*. Apretó los puños hasta que le dolieron los nudillos.

“¿Dónde”, dijo Thrall repentinamente, “está el frente en Corona de Hielo?” Estudió el mapa, solo había una marca de tiza.

“En la tierra al sudeste”, contestó Garrosh, “en manos de la Cruzada Argenta.” Señaló a otro punto del mapa, justo al norte del territorio de la Cruzada. “Enviamos al Martillo de Orgrim aquí. Atacaremos las murallas de Corona de Hielo desde el aire.” Miró a Thrall. “Nuestros exploradores dicen que la Alianza planea hacer lo mismo.”

Antes de que Thrall pudiera responder, se escuchó otra voz en la sala.

“El ataque ya ha comenzado.” Thrall y Garrosh se giraron para mirar al orador.

El alto señor supremo Varok Colmillosauro sostenía un pergamino sellado en su mano mientras caminaba hacia ellos.

“Esta misiva ha llegado esta tarde”, continuó. “Lleva el sello personal de Korm Marcanegra.”

“Throm-ka, Varok,” dijo Thrall.

“Throm-ka, Jefe de Guerra,” respondió.

“Vinimos desde Dalaran pasando por el Martillo de Agmar”, le dijo Thrall. Hizo una pausa. “Rendimos homenaje a la Puerta de Cólera.”

Varok se quedó en silencio.

“Siento lo de Dranosh”, dijo Thrall.

“Mi hijo murió de forma honorable defendiendo a su gente”, respondió Varok, quizá demasiado deprisa. “Su espíritu será vengado cuando derrotemos al Rey Exánime.”

Thrall asintió.

“Aquí está el informe de Marcanegra”, continuó Varok, devolviendo su atención al pergamino. “Veamos qué noticias nos llegan del frente.”

\* \* \*

Garrosh adoraba Orgrimmar. Adoraba caminar por sus calles, adoraba visitar los mercados, adoraba los establos y las zonas de entrenamiento, y las herrerías y las tiendas. Lo que más le gustaba eran los estandartes que ondeaban al viento en lo alto de los postes repartidos por la ciudad: los estandartes rojos y negros de la Horda. Bajo esas banderas sabía cuál era su lugar. Servía a la Horda, al igual que su padre antes que él.

Sin embargo, se encontraba bastante solo a pesar de estar rodeado de su gente. Fuera donde fuera, la gente le *miraba*. Las noticias de que el hijo de Grom Grito Infernal vivía y que había llegado a Orgrimmar se extendieron deprisa y al principio había dado por hecho que ese tenía que ser el motivo. Pero un día escuchó a un niño pequeño hablando en alto con su madre.

"¡Mira ahí! ¡Parece tan raro!"

"¡Shhh! ¡Calla!"

"¡Pero su piel! ¡No es verde como la nuestra! ¿Qué orcos no tienen piel verde?"

Garrosh se giró hacia el niño que había hablado. Todavía le miraba, con los ojos muy abiertos, chupándose un dedo a un lado de la boca. Garrosh le devolvió la mirada y la madre le vio brevemente. Dejó de mirarle y agarró el brazo de su hijo, marchándose apresuradamente. Lentamente, Garrosh desplazó su mirada por la acera, retando silenciosamente a cualquiera que hubiera oído la conversación a que dijera algo. *No, mi piel no es verde, es marrón*, decían sus ojos. *Soy uno de los Mag'har*. Cuando estuvo convencido de que había intimidado adecuadamente a cualquier mirón, se giró y continuó con su camino despacio. Solo había avanzado una corta distancia cuando una mano ligera en su brazo le detuvo.

Garrosh se giró sorprendido.

"Perdóname, joven, pero puedo explicarlo."

Se trataba de un orco anciano, su largo cabello hacía tiempo que se había vuelto plateado, pero todavía lo llevaba trenzado. La cantidad de cicatrices en su cara y brazos dejaban claro que era un experimentado guerrero. Garrosh le miró.

"¿Qué tienes que decir, viejo?"

"Ese niño decía la verdad, pero no lo entiende." El viejo orco agitó la cabeza.

Garrosh se liberó del contacto. "No me interesa tu explicación", dijo volviendo a girarse para irse.

"Yo luché junto a tu padre, Grito Infernal", dijo el guerrero. Garrosh se quedó quieto. "Le seguí desde el saqueo de Shattrath hasta los bosques de Vallefresno. Bebí la sangre de Mannoroth junto a él y sentí la maldición evaporarse tras su sacrificio."

"No puedes imaginar lo que significa verte para aquellos como yo. Una vez que la maldición desapareció, fuimos libres de recordar lo que habíamos abandonado y lo que habíamos destruido. Pensábamos que no quedaba nada de lo que había sido nuestra gente una vez. Verte..." Se calló y miró a Garrosh de arriba abajo. "Saber que nuestro pasado no se ha perdido del todo... hace que tengamos esperanza en el futuro."

"Grom era un gran guerrero. Le seguí hasta el fin de Draenor y más allá. Ahora ya no sirvo para el campo de batalla, pero si pudiera, te seguiría a ti también."

Garrosh no podía sentirse más perdido. Miraba al anciano guerrero, incapaz de hablar. Sabía que Thrall había sido un compañero cercano de su padre y Thrall había hablado mucho de Grom. Pero Thrall no había conocido a Grom durante mucho tiempo y había muchas cosas que Garrosh ansiaba oír, aunque era demasiado orgulloso para admitirlo. Quería conocer las historias, las buenas. Había crecido rodeado de las malas.

“Harás que tu gente esté orgullosa, Grito Infernal”, dijo el orco. Por fin se giró y se marchó, dejando a Garrosh solo en la calle con un montón de pensamientos que no hacían más que irritarle. No podía recordar qué era lo que iba a hacer. Con un bufido eligió una dirección y comenzó a andar. Era mejor que quedarse quieto.

Sus pies le llevaron a la zona este de la ciudad, al Valle del Honor y a la amplia laguna donde se acumulaba el agua del manantial. Se sentó en una roca en la orilla y observó cómo caía el agua desde la roca y salpicaba en el pequeño lago. El flujo constante y la sombra del salto refrescaban el aire y proporcionaban un agradable alivio contra el calor del desierto. El agua era agradable contra su piel.

Su piel. Se miró la parte trasera de las manos y vio su exuberante color marrón contra la roca manchada de rojo. Frunció el ceño. ¿Era cierto que los orcos de la Horda de Thrall no recordaban de dónde venían? ¿Realmente su aspecto tenía tanto significado?

Un salpicón cercano le hizo levantar la vista. Una joven orco estaba lanzando una red de pesca. Él la miro trabajar ausentemente. Su piel, por supuesto, era verde. Ella se giró para acercarse a la orilla y sus dos ojos se encontraron con el de ella. Un parche cubría el lugar donde debería haber estado su ojo derecho. Para su sorpresa, le miró con el ceño fruncido.

“Es divertido, ¿verdad?” Le dijo, su voz llena de desprecio mientras su red goteaba agua, “sentarse ahí y mirar cómo forcejeo con unos cuantos peces. Espero que lo disfrutes.”

Garrosh resopló. “No me importa lo que hagas. Pesca o no como te parezca. Cómpralo en el mercado si no te gusta la labor.”

“¿Comprarlo?” Echó la cabeza hacia atrás y rio. “¿Vas a pagarlo tú? ¿Es fácil decirlo, Grito Infernal! Sí, sé quién eres.”

El volvió a reírse. “Claro que lo sabes. Soy el único Mag'har de Orgrimmar. Si no lo supieras, tendría que faltarte el otro ojo también.”

“Arrogante igual que tu padre.” Comenzó a recoger su red y a guardarla en un saco de tela burda. “Eres un insensato, igual que él.”

Sus palabras hicieron hervir la sangre en las venas de Garrosh. Saltó desde la roca en la que había estado sentado y caminó hacia ella. “Mi padre sacrificó su vida por ti y por el resto de la gente de Thrall. Creo que gracias a él estás libre de la maldición de sangre.”

“¿La maldición existió gracias a él!” Replicó ella. “¿Y yo no formo parte de la gente del Jefe de Guerra! ¿Soy una hija de la Horda, al igual que mis padres antes que yo, pero mi deber no va más allá!”

Sus palabras enfurecieron a Garrosh. “¿Dices que no tienes deber? ¿Dices que no formas parte de la gente del Jefe de Guerra? ¿Mientras estás en esta ciudad? ¿Dónde podemos vivir libres en nuestro espacio sin miedo a que nos aniquilen? ¿Dónde tenemos todo lo que necesitamos?”

“¡Ja!” gruñó ella. “Deja que te pregunte esto, Grito Infernal: ¿es que realmente no has visto esta ciudad? Sí, el mercado está lleno. ¿Pero de dónde viene eso? ¿Dónde están las granjas en Durotar?”

Garrosh entornó los ojos. Sabía que había algunas en las afueras de Orgrimmar, pero la mayoría solo criaban cerdos y no proporcionaban cosechas de grano ni fruta.

“¡Exacto!” continuó, “No hay ninguna. Todo lo que tenemos se trae desde kilómetros de distancia.” Miró hacia la bolsa en la que guardaba su red. “O de lo que podemos arrebatar al desierto. Y en lo referente a seguridad”, rio, “la Alianza se adentra más en nuestra tierra cada día. ¡Si es que puede llamar a este pedrusco rojo tierra! Al norte se encuentra el bosque de Vallefresno, lleno de todo lo que podríamos necesitar, pero ¿nos asentamos allí? ¡No! ¡En cambio vivimos en un desierto! Así que, dime, Grito Infernal, ¿por qué el buen Jefe de Guerra que ama a su gente nos condenaría a este baldío cuando en lo alto del río hay más recompensas? O está corrupto o es un incompetente o ambas, y tu pareces encajar en eso.”

Esa había sido la gota que colmaba el vaso.

“¡Traición!” gritó Garrosh. Dio un paso amenazador contra ella. “¡Osas insultar al Jefe de Guerra! ¡Cierra la boca, traidora, o te la cerraré yo!”

“Adelante y...” Comenzó ella, apretando los puños, preparándose para el golpe.

“¡No! ¡Krenna!” gritó una voz nueva. Garrosh miró, otra orco corría hacia ellos.

“¡Krenna, cierra la boca!” continuó interponiéndose entre ellos.

La del parche en el ojo, Krenna, miró a la persona que se dirigía a ella, después bufó y se retiró.

“Entonces me iré. Gorgonna.” Se echó la bolsa sobre el hombro y se fue sin decirles nada más. Garrosh fue a seguirla, pero Gorgonna se giró inmediatamente y le agarró el brazo.

“Por favor, detente”, dijo. “Disculpa a mi hermana. No siente lo que dice.”

“Será mejor que no”, gruñó Garrosh. Gorgonna suspiró, soltándole.

“Nosotras pasamos nuestra niñez en los campos de internamiento tras la Segunda Guerra. Está agradecida de que el Jefe de Guerra nos liberara, pero...” Dudó y después añadió en voz baja “Cree que no hace lo suficiente.”

“¿Y tú?” Preguntó Garrosh. Gorgonna miró hacia el camino que había tomado Krenna y no habló inmediatamente.

“Nuestros padres lucharon en las guerras”, dijo lentamente. “Bebieron la sangre de Mannoroth al igual que tu padre y compartieron su maldición. Cometieron actos terribles en nombre de la Horda. Atacaron y asesinaron a gente inocente.”

Garrosh se erizó. Su padre no era un asesino. “¡Hicieron lo que creían necesario! ¿Profanas el nombre de tu propia sangre?”

“¡No te equivoques, yo honro la memoria de mis padres!” Gritó ella. “Pero se equivocaban en lo que creían. ¡Todos los orcos se equivocaban! Debemos sufrir por ello. El Jefe de Guerra lo entiende y yo también. Mi hermana no.”

“Eso es ridículo. ¡Nunca luchaste en las guerras! Has dicho que estuvisteis en los campos de internamiento. ¿Es que no es suficiente castigo? ¿Por qué deberíais sufrir más?”

“De todas formas llevo la marca”, dijo levantando las manos, verdes como las de su hermana y como las de todos los orcos de Orgrimmar menos él. “Recojo los frutos que sembraron. ¿Acaso no todo tiene un precio?”

“¿Y quién decide el precio?” Preguntó Garrosh. Su actitud le enfadaba. ¿Es que no tenía orgullo? “¿Quién podría tener el derecho de tomar esa decisión?”

“Pagaré lo que pida el Jefe de Guerra”, respondió ella.

“Thrall nunca sería tan poco razonable. No le debemos nada a nadie.”

Gorgonna le miro durante un momento y, de repente, se rio de forma tan amarga como lo había hecho su hermana. “Claro que no”, dijo. “*Tú* no le debes nada a nadie, Mag'har. Pero *nosotras* no somos *tú*.”

\* \* \*

“Esto es una atrocidad”, dijo Thrall. Caminaba inquieto por la sala. “No puedo creer que el atracador del cielo apruebe una cosa así.”

Varok estaba sentado en la mesa, las páginas del informe de Marcanegra esparcidas ante él. Al otro lado de la habitación, Garrosh cogió unas cuantas fichas pintadas de azul que representaban a la Alianza, unas cuantas pintadas de rojo que representaban a la Horda y unas cuantas pintadas con calaveras que representaban a la Plaga. Las echó todas sobre el mapa de Corona de Hielo, al sur de Mord'rethar, en el Portón de la Muerte de la Ciudadela de la Corona de Hielo. Con un trozo de carbón dibujo una gran X sobre el retorcido cuero. El informe había dado un nombre a esta región: El Frente Roto.

La Alianza había intentado conquistar Mord'rethar, pero una patrulla de la Horda había visto al regimiento y había conseguido evitar el asalto... atacándoles desde detrás. Atrapados entre la Plaga por delante y la Horda por detrás, las tropas de la Alianza habían fallecido, pero también lo habían hecho las de la Horda. También la Plaga había sufrido pérdidas, pero el Portón continuaba bajo el control del Rey Exánime.

Las tropas de Marcanegra habían esperado deliberadamente hasta que los soldados de la Alianza estuvieron en combate y después los asesinaron. La cara de Thrall se contorsionaba mientras leía las palabras del atracador del cielo: *Aunque les ha costado la vida, su desinteresado valor evitó que la Alianza capturara un punto estratégico. ¡Ese valor es digno de auténticos guerreros de la Horda!*”

“Desinteresado valor. Valor digno de la Horda.” Thrall casi escupió las palabras. “Y la Plaga aún controla el Portón de la Muerte. ¿Es eso lo que quiere? ¿Es esto lo que consideramos gloria?”

Garrosh se mantuvo atípicamente callado, mirando las fichas de madera sobre el mapa. Casi podía sentir los ojos de Varok clavándose en su espalda y los de Thrall pronto caerían sobre él también. Era bueno que la Alianza no controlara Mord'rethar, Garrosh estaba seguro de eso. Pero continuaba observando los pequeños marcadores de madera y, entrada la noche, mucho después de que los demás comandantes se hubieran retirado a dormir, Garrosh volvió a leer la carta de Marcanegra.

*“¡Ese valor es digno de auténticos guerreros de la Horda!”*

Llamó a un mensajero. “Ve a buscar al atracador del cielo Korm Marcanegra en el Martillo de Orgrim”, dijo entregándole un pergamino. “Debe regresar al Bastión Grito de Guerra inmediatamente. Dile que el señor supremo Grito Infernal quiere verle.”

\* \* \*

Garrosh pensaba que lo que Gorgonna había dicho junto al lago era absurdo. Su propio padre había sido el primero en beber la sangre de Mannoroth, eso lo sabía, por los ancestros que lo sabía, nadie le dejaría olvidarlo, pero, a cambio, Grom había matado a Mannoroth poniendo fin a la maldición a costa de su propia vida. Su deuda fue pagada en sangre. ¿Qué más podían pedir?

Lo que de verdad le fastidiaba eran las palabras de Krenna.

Le fastidiaban cuando los elfos de la noche asaltaban las caravanas de madera de Vallefresno.

Le fastidiaban cuando los soldados del Fuerte de Tiragarde robaban en Cerrotajo.

Le fastidiaban cuando los enanos de Bael Modan y los humanos del Fuerte del Norte se negaban a abandonar el territorio de la Horda que habían usurpado.

Ninguna de esas cosas estaba ocurriendo por primera vez.

Era cierto que había habido enfrentamientos y muchas de las avanzadas habían actuado en defensa propia. Garrosh ansiaba viajar y prestarles su apoyo. Estaría encantado de luchar para asegurarlas. Le encantaría enseñar a la Alianza a dejarles tranquilos, a dejarles coger lo que necesitaban para sobrevivir. Al contrario que Garadar, Orgrimmar tenía la fuerza y los números para defenderse.

Bueno, las habría tenido si las tropas orcas no estuvieran enredadas en Molino Tarren, ayudando a los Renegados (una gente con un nombre muy apropiado, en opinión de Garrosh). Garrosh no alcanzaba a comprender qué veía Thrall en ellos.

Todavía más orcos habían sido enviados a Quel'Thalas. Las propias interacciones de Garrosh con los elfos en Orgrimmar le habían hecho preguntarse por qué la Horda debería preocuparse por ellos. Su respeto parecía flaquear.

Y los *trols*. Garrosh apenas podía soportar pensar en ellos. Recluta tras recluta era enviado a ayudarles a reclamar su territorio en el sur y, de algún modo, todos los intentos fracasaban. Por lo visto esto llevaba pasando años. ¿Qué clase de gente no podía derrotar ni a un solo médico brujo? ¿Iba a ser necesaria una invasión a gran escala, otra distracción para las tropas de la Horda, para reclamar unas cuantas miserables islas?

Cuanto más pensaba Garrosh en ello, más ardía su rabia. Con cada día que pasaba lo que había dicho Krenna llamaba a su conciencia. La impaciencia de Garrosh aumentaba.

Entonces comenzaron los rumores. Desde Trinquete escucharon, a través de Bahía del Botín, que pasaba algo raro con los envíos de grano. La gente comenzó a cuchichear. Los pocos Renegados que habitaban en Orgrimmar avisaron a sus líderes: *Está ocurriendo de nuevo*.

No se equivocaban.

Nadie había vivido tiempos como estos. Los amigos se convertían en enemigos, la vida en una muerte que no lo era del todo. No había lugar para las dudas, la piedad, el cuartel. Esto era la peste. Era brujería de una maldad que solo Gul'dan podría haber imaginado, pero hacía mucho que Gul'dan estaba muerto. Garrosh descubrió que era otro el que orquestaba estas atrocidades: un antiguo príncipe de la Alianza. Uno que había sido

demasiado ingenuo, demasiado débil y demasiado estúpido para evitar que lo manipularan hasta volverse malo. Ahora hacía que la muerte cayera sobre ellos.

Las hachas de Garrosh se habían levantado y vuelto a caer una y otra vez en defensa de Orgrimmar. Protegería a su gente.

Entonces, de pronto, pareció detenerse. La extensión de la peste se detuvo. Se encargaron de los últimos infectados, pero Garrosh sabía que eso no era el final. Ni de lejos. El único recurso contra un enemigo tan descarado era la guerra, brutal y despiadada. La deseaba. Guiaría a sus ejércitos para que repartieran la justicia de la Horda. Solo tenía que esperar la orden de Thrall.

*Llegan informes de todo el mundo. La peste nos ha diezmado y las ciudadelas voladoras envían a sus tropas a profanar nuestras tierras. Pero sigues esperando, Jefe de Guerra. Convocas un consejo cuando deberías llamar a la guerra. Incluso estos... aliados... a los que has aceptado en nuestra Horda se han reunido aquí y lo único que nos dices es que aguantemos. Estamos aguantando, Thrall. Tú estás dudando.*

"¿Me estás retando, chico?" Respondió Thrall en una voz terriblemente calmada. "No tengo tiempo para esto..." Se dio la vuelta.

"¿Así que lo rechazas? ¿Es el hijo de Durontan un cobarde?"

Eso captó la atención de Thrall. Se giró y a Garrosh le agradó ver la furia en sus ojos.

"¡Dentro!" Gruñó, señalando al Círculo del Valor. Garrosh podría haber cantado.  
*Te haré actuar.*

\* \* \*

En retrospectiva Garrosh sabía que había tenido mucha suerte de que hubieran interrumpido el duelo, aunque preferiría morir a admitirlo. No era un problema. Thrall había recuperado la razón y había dado la orden de ir a Rasganorte, una orden en la que Garrosh había comenzado a trabajar con fervor.

Ahora se encontraba en la sala frontal de la ciudadela que había construido, en la tierra que había conquistado, esperando la llegada de Korm Marcanegra. Thrall se había quedado en Rasganorte. Garrosh estaba seguro de que deseaba ser testigo de cómo Garrosh se encargaba del atracador del cielo.

*¿Volverás a sentirte decepcionado, Jefe de Guerra?*

Marcanegra caminaba pesadamente a través de la entrada, mirando alrededor sorprendido por el público. A pesar de la presencia del Jefe de Guerra, se dirigió a Garrosh. "Has solicitado que regrese al Bastión Grito de Guerra, Señor Supremo", dijo. "He honrado esa petición."

Garrosh levantó la carta sobre El Frente Roto. "Aquí detallas cómo una de tus patrullas evitó que la Alianza conquistara un punto estratégico en la lucha contra la Plaga."

Marcanegra sonrió ampliamente. "¡Un gran trabajo por su parte! ¿No es glorioso?"

Garrosh volvió a mirar al informe y, de nuevo, a Marcanegra. "No"

Marcanegra levantó las cejas sorprendido.

“Un emboscada sobre tropas esperando para luchar es una cosa. ¿Atacar a un regimiento que ya está luchando contra otro desde detrás? ¿Qué será lo próximo que hagas? Preguntó Garrosh. “¿Infiltrarte en su campamento y envenenar su agua?” ¿Esclavizar a uno de sus comandantes con magia y obligarle a asesinar a su tropas mientras duermen? ¿Rociarlos con una enfermedad como los Renegados? ¿Lucharás como ellos?”

Marcanegra tartamudeó sin encontrar las palabras adecuadas.

“No hay más combate que el *honorable*, Marcanegra.” Garrosh sostuvo el informe frente a su cara y lo arrugó en su mano. “¿*Esto?* ¿Esto es el trabajo de un cobarde! ¡No habrá cobardes en mi ejército!”

“Señor Supremo”, tartamudeó Marcanegra. “si he avergonzado a nuestra causa, abandonaré mi puesto.”

“¿Admites que eres un cobarde? De nuevo: *No habrá cobardes en mi ejército.* Demuestra que no eres uno, Marcanegra. Regresa al Martillo de Orgrim y dirige a tus soldados de un modo digno de la Horda. Si fracasas, no querré tu dimisión, si no tu cabeza empalada. Ahora desaparece de mi vista.”

Garrosh no esperó a ver cómo se marchaba Marcanegra. Salió de la sala dando grandes zancadas y subió las escaleras hasta lo alto de uno de los baluartes del Bastión. Caminó de arriba abajo, con el ceño fruncido. Examinó el estado de las defensas y se fijó en qué habría que reparar y quién era responsable de que estuviera en ese estado.

Volvió a caminar junto a la muralla y se sobresaltó cuando Thrall apareció en su camino. “¿Sí, Jefe de Guerra?”

Thrall le miró pensativo. A Garrosh no le gustaba la expresión de su cara.

“Creo que lo has hecho bien con Marcanegra”, dijo Thrall. “Las acciones de sus soldados en El Frente Roto fueron inconcebibles, pero él sigue siendo un comandante fuerte. Nuestro avance en Corona de Hielo sufriría con su pérdida. Has tomado la decisión acertada.”

Garrosh se abrió paso. “Solo tendrá una oportunidad más. No toleraré que haya tramposos e impostores en mi ejército”, respondió.

“Ciertamente”, le dijo Thrall irónicamente. “Recuerdo algo que alguien me dijo en lo alto de la Torre Violeta no hace demasiadas semanas. ‘Un verdadero Jefe de Guerra nunca se asociaría con cobardes’.”

Garrosh se paró en seco y se giró lentamente. Escuchar a Thrall repetir sus propias palabras le inquietó. “Yo no soy el Jefe de Guerra”, respondió tras un momento.

Thrall rio. “Lo sé. Pero esas palabras son ciertas. También dignas de un Señor Supremo.” Thrall miró alrededor, observando el Bastión, el mar gris al oeste y la llanura de la tundra que se extendía alrededor de ellos. Este no es un logro pequeño, Garrosh. Nuestros asentamientos son seguros y el frente de Rasganorte sigue presionando. Luchas junto a tus soldados con valor y te respetan. Deberías estar orgulloso.”

Garrosh entornó los ojos.

“No lamento mi elección de comandante para esta ofensiva”, dijo Thrall.

Garrosh parpadeó sorprendido, inseguro de qué decir. Esta reacción era inesperada. Cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro, incómodo por la sensación del elogio de

Thrall, pero no le disgustaba. “Sirvo a la Horda”, dijo por fin Garrosh. “Haré lo que sea mejor para ella”.

“De eso no me cabe ninguna duda”, respondió Thrall. “Y me enorgullece decir que lo haces bien.”

Garrosh volvió a cambiar el peso de pie y miró sobre el hombro de Thrall hacia la pared de enfrente. El estandarte granate de la Horda se agitaba con la leve brisa.

“Sin embargo”, continuó Thrall, “creo que tu actitud hacia la Alianza es errónea. No podemos ganar esta guerra sin ellos.”

Garrosh volvió a mirar a los ojos de Thrall. “Mi deber es para con la Horda”, respondió, “y solo con la Horda.”

“Quizá, Garrosh”, dijo Thrall, “pero derramar sangre no es la única manera de cumplir ese deber.”

“¡Bah!”

Garrosh se giró y apoyó ambas manos contra el parapeto. Tras él podía escuchar las pisadas de Thrall bajando las escaleras. Garrosh miró hacia el nublado cielo. Thrall no comprendía que la Alianza nunca les dejaría en paz. Cruzaría todos los límites, como los enemigos de los orcos en Garadar, hasta que la Horda cediera. La única opción era luchar, echar a los humanos primero. La seguridad de los orcos estaba por encima de todo. No habría ninguna negociación hasta que la Alianza comprendiera aquello. Garrosh no se detendría. Su gente nunca volvería a menguar, no de nuevo. La Horda nunca caería.